

A pesar de ello, con el paso de los años, el trabajo incesante y la repetición de algunos tópicos que quedaron vinculados para siempre a su nombre (espejos, laberintos, circularidades o palabra clave) su fama mundial creció y alcanzó una popularidad enorme, sin que por ello se redujera su influencia sobre los más sofisticados pensadores y creadores.

En la actualidad, es poco menos que un lugar común afirmar que la literatura de hoy no sería la que es si Borges no hubiera estado presente en el siglo. Directa o indirectamente, las obras de mayor peso lo suponen. Sin ánimo de realizar un catálogo ni de señalar préstamos o acusadoras influencias, y para nombrar sólo a algunos de los creadores latinoamericanos más importantes, ni Lezama Lima, ni García Márquez, ni Roa Bastos, ni Onetti, ni Cortázar, dejaron de revelar atentas y naturalmente enriquecedoras lecturas borgeanas. Y en el país de Europa que menos desconozco, la literatura de ficción (desde Claude Simon o André Pieyre de Mandiargues al «Nouveau Roman», desde Michel Tournier a los más jóvenes narradores actuales) ha seguido algunas de sus huellas sin desconocer, por cierto, las demás.

Pero como Borges no fue solamente un escritor de ficciones, sino también un pensador de la literatura y del lenguaje, abrió muchas puertas del ámbito literario a las corrientes más avanzadas de la reflexión filosófica y lingüística, y pensadores como Barthes, Blanchot, Derrida, Foucault o Eco encontraron en su obra fuentes de inspiración, incitaciones, motivos y estímulos para sus propias búsquedas. Ideas como la de la función originalmente poética del lenguaje (y, en consecuencia, la vivencia de nuestro idioma como «una tradición, un modo de sentir la realidad, no un arbitrario repertorio de símbolos»⁴); nociones como la del anonimato creador, la del infinito literario, la de la inexistencia de un texto definitivo, la de las repercusiones incalculables de lo verbal, la del libro no como un objeto cerrado sino como pivote de las relaciones más diversas, la de la lectura como actividad y trabajo transformador, instalan lógicamente las meditaciones borgeanas en el centro de las preocupaciones culturales de nuestra época, y reconocen su marca, su impulso.

Inagotable venero para pensadores, inquietante modelo para escritores, Borges no deja, empero, una escuela detrás de sí, aunque su literatura, como la de Kafka, como la de Proust, como la de Joyce, como la de Faulkner, no termine tampoco en sí misma.

Para la imaginación contemporánea —escribe Foucault— lo fantástico no se genera ya en la noche o en el sueño de la razón: «lo fantástico puede nacer de la superficie negra y blanca de los signos impresos, del volumen cerrado y polvoriento que se abre con un revuelo de palabras olvidadas; se despliega cuidadosamente en la biblioteca enmudecida, con sus columnas de libros, sus títulos alineados y sus estantes que la limitan por todas partes pero que se abren, por el otro lado, sobre mundos imposibles»⁵.

Vuelta ya para siempre a ese lugar de donde confesadamente surgió; vuelta para reunirse en alta paridad con Carlyle, con De Quincey, con Emerson, con Whitman, con los infinitos precursores que, como su propio Kafka, creara, la obra de Borges

⁴ «Prólogo» a *El oro de los tigres*, en *Jorge Luis Borges, Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, pág. 1081.

⁵ Michel Foucault, «Prólogo», en *Gustave Flaubert, La tentation de Saint Antoine*, París, Gallimard, 1967.

engrandece el tesoro común de la biblioteca. Desde allí nos vigila y nos sirve; nos orienta, pero también, a la manera de Virgilio con Dante, nos deja libres la cabeza y la mano para que, si somos capaces de hacerlo, exploremos otras regiones donde el guía sea ya innecesario.

Gerardo Mario Goloboff



Borges, visto por
Eugenio Naranjo



Borges en la Biblioteca Nacional. Buenos Aires, 1973.